

SANTOS Y GASTRONOMÍA / 7

José de Copertino, el fraile volador... y también cocinero

CULTURA

17_07_2021

*Liana
Marabini*



El avión baila espantosamente. Los relámpagos iluminan la cabina de vez en cuando, dando la impresión de que lenguas de fuego invaden la cabina.

Joe, el piloto, con muchas horas de vuelo en su haber, reza en voz baja, tocando una

pequeña imagen pegada a su costado en el panel de control. En tantos años de trabajo nunca había visto una tormenta tan repentina y peligrosa, salida de la nada, capturada en el último segundo por dispositivos electrónicos. Mientras que su joven ayudante, Karim, al presenciar una tormenta en vuelo por primera vez, se aferra espasmódicamente a los controles y se pregunta a qué tendrá que recurrir Joe y a quién. Sin querer, nota el silencio absoluto por parte de los pasajeros: qué extraño que, en las películas, cuando hay una escena así, los pasajeros gritan...

Finalmente, el gran avión de la Delta supera las turbulencias y entra en una zona tranquila. Se escuchan suspiros de alivio de los pasajeros y el murmullo de sus voces es reconfortante. Karim se relaja. Ahora parece que el avión se desliza sobre agua clara, el cielo es azul y los rayos son solo un mal recuerdo.

Joe se limpia la frente con un pañuelo y sonrío al copiloto, señalando que San José de Cupertino los ha salvado nuevamente. El copiloto, un musulmán, le pregunta quién es y Joe se lo explica.

José Desa (que más tarde se convirtió en San José de Cupertino) era un niño algo simple de mente, nacido el 17 de junio de 1603 en Cupertino, una pequeña ciudad ubicada en una hermosa región de Italia, Puglia. Joe agrega que su abuelo materno es de allí. José quedó huérfano de su padre (que era carpintero) incluso antes de que él viniera al mundo. A su madre, endeudada y embarazada de él, la echaron de la casa, le confiscaron los muebles y dio a luz al bebé en un establo. Joe no puede dejar de notar las similitudes del nacimiento de José con el de Jesús, por otro lado, el niño mostró desde una edad temprana una inclinación espiritual fuera de lo común para un niño. A los cinco años rezaba fervientemente, dondequiera que estuviera, conversando con Jesús (a quien su madre le había descrito con gran detalle).

Su madre trabajaba como jornalera en las numerosas fincas de la zona, especializándose en aceitunas, frutas y verduras e incluso vino. La paga era a menudo en especies y, aunque eran pobres, al niño no le faltaba nada. Pronto aprendió a cocinar y ya preparaba alimentos a los nueve años: sopas de verduras, legumbres cocidas en cenizas, pasta. A veces tenían carne y le gustaba mucho hacer pollo al limón. Los frailes de Grotella (un monasterio de la zona que pasó a los franciscanos en 1613 gracias a un fraile, Giovanni Donato Caputo), a menudo lo recibían en la cocina, donde ayudaba a su hermano cocinero a preparar la comida.

Le encantaba la atmósfera de oración de ese pequeño monasterio y a menudo se quedaba allí. Los frailes lo enviaron a un zapatero, quien le enseñó el oficio a los 17

años.

José era considerado poco inteligente, porque se alejaba incluso cuando estaba rodeado de gente y parecía perdido en un mundo visible solo para él, pero siempre sonreía y era jovial por naturaleza. En La Grotella, después de haber ayudado en la cocina, se aislaba de todos y se arrodillaba frente al Santísimo Sacramento, rezando durante horas, con el cuerpo quieto y los ojos alzados al cielo.

Los frailes intentaron enseñarle a leer y escribir, sin éxito: su intelecto era nada menos que muy mediocre.

A pesar de esto, el deseo de abrazar la vida religiosa se hizo cada vez más fuerte en su corazón. Inspirado por dos de sus tíos que se habían convertido en franciscanos, se presentó a los Franciscanos conventuales de Nápoles, pero no pudo ser admitido allí por su insuficiencia intelectual.

Los Frailes Menores Capuchinos lo aceptaron como fraile laico. Pero incluso allí cometió tantos errores en el trabajo que le encomendaron, que lo despidieron a los ocho meses. Además, al estar perpetuamente en éxtasis, no podía hacer frente a sus tareas. La incapacidad natural y la preocupación sobrenatural crearon una mezcla que lo hizo inadecuado para cualquier cosa.

José insistió en pedir ser admitido en el convento como religioso y su madre, movida por la compasión de ese hijo tan especial, logró convencer a su hermano Giovanni Donato Caputo para que le diera la bienvenida al convento de Grotella en la aldea de Balsorano, ubicada cerca Cupertino, donde lo mejor que pudo hacer fue la profesión de fraile laico. Se le encargó cuidar de la mula del convento. Consciente de sus problemas, se llamó a sí mismo, sin ironía, "hermano burro". José, siempre alegre y de buen humor, pero aún incapaz de aprender a leer y escribir correctamente, mostró tal obediencia, piedad y humildad que sus superiores decidieron darle la bienvenida: recibió el hábito de la orden en Altamura, en junio de 1625.

Todavía no sabía leer ni escribir y no podía explicar un solo Evangelio excepto el versículo 27 del capítulo 11 del Evangelio según Lucas que comienza con "Felices las entrañas que te han traído...".

El 3 de enero de 1627 el obispo de Franchis lo examinó, con vistas a la admisión a las órdenes menores. Para decidir sobre el tema, el obispo había abierto al azar la Biblia y se encontró con este mismo versículo. Para sorpresa de todos, José hizo un comentario brillante, que indujo al obispo a conferirle órdenes menores.

Posteriormente recibió el subdiaconado el 27 de febrero y el diaconado el 20 de marzo.

En 1630, el hermano José pidió ser admitido al sacerdocio. Los primeros postulantes que habían realizado el examen dirigido por el cardenal Giovanni Battista Deti (1580-1630), obispo de Castro, habían respondido tan brillantemente que el obispo, imaginando que los últimos eran tan eruditos como los primeros, había admitido a todos los candidatos en bloque. Fray Giuseppe recibió así la ordenación sacerdotal el 4 de marzo de 1628, habiendo sido eximido, por pura gracia divina, de un examen que probablemente no habría podido aprobar.

Ese año marcó un acontecimiento importante en la vida del hermano José: se llevaron a cabo las primeras levitaciones. La primera tuvo lugar en Cupertino el 4 de octubre de 1630, durante la procesión en honor a San Francisco de Asís. Estaba presenciando la procesión cuando de repente se elevó en el aire, flotando sobre las cabezas de los presentes. Cuando bajó las escaleras y se dio cuenta de lo que le acababa de pasar, se asustó y corrió a esconderse.

A partir de ese momento, la vida del padre José dio un vuelco total. Sus elevaciones en el aire continuaron y su frecuencia aumentó. Le bastaba escuchar los nombres de Jesús, de María, o cantar un salmo durante la misa para levantarse del suelo, permaneciendo allí hasta que su superior, en nombre de la santa obediencia, le ordenó severamente que bajara. Con todo, sus superiores se sintieron perturbados por estas exhibiciones. Durante su estancia en Cupertino, sus contemporáneos presenciaron cerca de setenta hechos de este tipo.

Entre ellos, ocurrió uno destacable en 1645, cuando el embajador de España ante la Santa Sede, el almirante de Castilla Juan Alfonso Enríquez de Cabrera, de paso por la ciudad de Asís con su esposa, quiso encontrarse con el padre José. El hermano guardián acompañó a este último a la iglesia, para encontrarse con los ilustres invitados. Nada más entrar, José, al ver la estatua de la Virgen Inmaculada, colocada a una altura de unos 4 metros, se elevó en el aire, pasando por encima de las cabezas de los augustos visitantes y su séquito, todos conmocionados. Después de un rato se trasladó al punto de despegue y regresó a su celda confundido. El almirante y su séquito quedaron en estado de shock, su esposa se desmayó y fue necesario recurrir a sales fuertes para hacerla regresar en sí.

Otra levitación confirmada por testigos se produjo en 1649, cuando Jean-Frédéric, duque de Brunswick-Calenberg (1625-1679), entonces de 24 años, acompañado por su médico y varios cardenales, asistiendo a una misa celebrada por el padre José, vio a este

último alzarse por unos minutos sobre el altar donde estaba celebrando la Eucaristía. Temiendo un engaño, el duque desenvainó su espada y la pasó bajo sus pies, sobre su cabeza y alrededor del padre José sin descubrir ningún subterfugio.

Su levitación más notable, atestiguada por el mayor número de testigos, fue la que tuvo lugar durante una audiencia papal que Urbano VIII (1568 - 1644) concedió a los monjes del convento donde vivía el padre José. Después de arrodillarse para besar el anillo del Papa, de pronto se elevó en el aire por encima del trono papal donde se sentaba el pontífice y así permaneció largos momentos, en el asombrado silencio de toda asistencia, hasta que su superior le ordenó con voz severa y seca bajar de una vez. El Papa Urbano VIII, que observó todo esto sin pestañear, en un silencio impasible, dijo luego al Padre Superior: "Si el Hermano José muere durante nuestro pontificado, queremos servir de testimonio de su proceso [de canonización] para dar testimonio de un milagro, que acabamos de presenciar".

Las elevaciones del padre José, que eran manifestaciones sobrenaturales fuera del control, sumieron en el asombro a los demás monjes y desagradaron al máximo a sus superiores jerárquicos, lo que provocó la intervención e investigación de la Inquisición romana bajo el reinado del nuevo Papa, Inocencio X (1574 - 1655).

La fama del padre José, los fenómenos de los que fue objeto, los milagros de presentimiento y curaciones que se le atribuyen, despertaron las sospechas de la Inquisición. Y así, en 1653, por orden del Papa Inocencio X, el inquisidor de Perugia, el dominico fray Vincenzo Maria Pellegrini lo hizo encerrar para la prueba provisional en el convento capuchino de Pietrarubbia, luego en el de Fossombrone, acusándolo de llamar la atención sobre él y cuestionar (mientras estuvo vivo y la Iglesia no se pronunció sobre su caso) la veracidad de los fenómenos que vivía y la realidad de sus milagros. Fue interrogado, detenido durante varias semanas y finalmente puesto en libertad porque los jueces de la inquisición no encontraron nada para culparlo.

Después de justificarse ante la Inquisición, el padre José fue enviado a Asís. A pesar de la proximidad de la tumba de San Francisco que veneraba, la distancia lo entristecía mucho, y en este período cesaron temporalmente sus fenómenos de levitación.

Permaneció nueve años en Asís, fue nombrado ciudadano de honor de la ciudad, también fue visitado por una gran multitud, no solo de laicos, sino también de muchas figuras religiosas; todos se sintieron atraídos por las maravillas que se decían de él y los milagros que muchos esperaban. Se alegró de recibirlos, pero la tristeza del exilio no lo abandonó, sobre todo porque no se le permitió confesar ni participar en las

procesiones. Sin embargo, su presencia aún atraía multitudes.

A la muerte del Papa Inocencio X en 1655, los Frailes Menores Capuchinos pidieron al nuevo Papa Alejandro VII (1599-1667) que pusiera fin a su exilio y permitiera su regreso. Pero el nuevo Papa siguió negándose, como su antecesor, y lo envió a Osimo donde incluso le prohibieron hablar con nadie, excepto con el obispo, el vicario general de la Orden, sus hermanos y quizás el médico. El padre José nunca se quejó de ello, incluso cuando su hermano cocinero "olvidó", por orden secreta y para ponerlo a prueba, llevarle comida en su celda durante dos días.

El 10 de agosto de 1663 tuvo fiebre alta, pero mantuvo su alegría diciendo que pronto se uniría a Dios. Se levantó por última vez del suelo mientras celebraba la misa el 15 de agosto, día de la Asunción. A principios de septiembre, sus hermanos le oyeron murmurar: "El asno ha empezado a subir al monte", aludiendo a su inminente muerte, de la que tenía conocimiento previo, y se acostó. Se le administraron los últimos sacramentos y, el 18 de septiembre de 1663, a la edad de 60 años, murió tranquilamente recitando la "Letanía de la Santísima Virgen María".

Los dos pilotos inician el descenso hacia el aeropuerto de Denver y Joe interrumpe la historia para saludar a los pasajeros desde el pequeño micrófono de a bordo. Karim está pensativo y todavía bajo el encanto de la historia sobre la vida del padre José. Colgando el micrófono, Joe agrega que el padre José es el santo patrón de los pilotos y que venera y reza cada vez que tiene que abordar, sin olvidar situaciones peligrosas, como la que acababan de vivir en ese vuelo. También le dice que ya ha estado con su familia en peregrinación en Cupertino, en Puglia. Y Karim decide en ese momento que las próximas vacaciones serán en Puglia, para visitar el monasterio y conocer al Padre José, el patrón de los pilotos: por lo tanto, también el suyo.